

con las naciones soberanas que llegarán á establecerse, puesto que siempre serán los hombres, seres imperfectos y apasionados, los que ejerzan la soberanía. De aquí la legitimidad de las revoluciones; y á falta de revolución, la minoría oprimida tendrá por lo ménos, la facultad de abandonar una patria donde no se respetan sus derechos. Si el poder de todo el género humano estuviera concentrado en un Estado que dispusiera de una fuerza á la que los pueblos no alcanzaran á resistir, ¿qué sería entonces de la libertad? ¿Qué refugio habría contra este Estado, caso de hacerse tiránico? La paz reinaría en el mundo, pero sería la paz del imperio romano, es decir, la servidumbre. Preferimos mil veces los vicios de la desorganización actual, que, por lo ménos, hace posible la resistencia: esto nos parece capital. La paz no constituye el fin; el ideal es el derecho; todas las garantías imaginables no previenen la violación del derecho; hay que dejar, por tanto, algo á la resistencia; valen más la revolución y la guerra que una paz semejante á la que tienen los rebaños.

§ II. — Paz y derecho.

N.º 1. — La antigüedad.

El amor de la paz es uno de los caracteres de la civilización moderna. Nuestros gustos, nuestros intereses son pacíficos, y nuestros sentimientos repugnan la efusión de sangre humana. En la antigüedad era muy distinto; la guerra dominaba; sin embargo, la naturaleza humana era la misma entonces que hoy. Si la sangre nos causa horror hasta el punto que apenas permitimos á la justicia derramar la de los culpables, consiste en que la naturaleza nos grita que Dios ha creado á los hombres para que se amen y no para que se devoren. Este sentimiento de la humanidad, flor exquisita de la moral, faltaba á los antiguos. No obstante, encontrábase en ellos el germen de las tendencias pacíficas que se desarrollan hoy con fuerza irresistible. La religión las ha inspirado, como para demostrar que es ella quien realiza la educación del género humano.

Moisés ordena á los Israelitas manchados por la sangre que se purifiquen. Dios no permite á David edificar el templo, porque es hombre de guerra y ha derramado mucha sangre; esta gloria

fué reservada á su hijo Salomón, porque era pacífico. Los Hebreos sufrieron más que ningún otro pueblo las consecuencias de la guerra; así no podían considerar la conquista sino como un azote y á los conquistadores como los destructores de las naciones; los profetas los representan como fieras que todo lo humillan, lo destrozan y lo devoran. El pueblo de Dios esperaba que el Mesías atraería á todos los pueblos al culto de Jehová, y que, no formando el género humano sino una sola familia, cesaría la guerra. Esta época mesiánica era para los Judíos lo que la edad de oro para los Gentiles, con la gran diferencia de que éstos se referían al pasado y aquéllos miraban al porvenir. Hé aquí en esencia la idea del progreso. El deseo de la paz se dejó sentir entre los mismos pueblos guerreros; los Griegos, aunque pasaban su vida en combates, tenían gustos pacíficos. Ya en los poemas de Homero, la sociedad no es exclusivamente guerrera; costumbres más dulces revelan el carácter y la misión civilizadora de la raza helénica. Durante los juegos olímpicos se suspendían las hostilidades, y la Elide, donde aquéllos se celebraban, debía gozar una paz permanente. Esta consagración de un país entero á Júpiter y á la paz es una idea digna de la religión que la ha inspirado. Creeríase la edad de oro realizada, al ménos en un pequeño rincón de la tierra, que por todas partes estaba manchada con la sangre de sus habitantes. En realidad no pasaba de una profecía para un porvenir muy lejano; respecto á los Griegos, el ideal duró lo que un sueño.

Pero la idea de la paz, habiendo penetrado en la conciencia general bajo la influencia de la religión, no pereció ya. La filosofía se apoderó de ella y le comunicó notables desenvolvimientos. Sobre la cuestión de la guerra y de la paz, Platón se aparta enteramente de las instituciones doria que, en general, le sirven de tipo, y declara que quien organice la república en consideración á la guerra no es ni un buen político ni un sabio legislador; es necesario dirigir las leyes á la realización del mayor bien, y el mayor bien de un Estado es la paz. Aristóteles opina de la misma manera: confiesa que la mayor parte de los Estados están constituidos para la conquista; pero, á pesar de este hecho universal, decide que la guerra no puede constituir el fin supremo del Estado. Así como para el hombre la felicidad consiste en la virtud, así el

Estado más prudente será también el más afortunado, porque los elementos de felicidad son idénticos para los individuos y para la sociedad. El filósofo se sorprende de que un hombre de Estado haya podido proponerse la conquista por fin, preparando de esta suerte á su ciudad la servidumbre en vez de la ventura: cuando el legislador, dice Aristóteles, sólo piensa en la dominación, cada ciudadano no pensará tampoco sino en los medios de apoderarse del poder absoluto. La experiencia de los siglos ha confirmado esa profunda máxima. Platón no vacila en decir que los conquistadores son los más injustos de los hombres, porque la mayor injusticia consiste en atentar á la libertad de otros Estados. El filósofo griego atribuye, no sin razón, el espíritu conquistador de los reyes de Persia al gobierno despótico: verdad profunda que todo pueblo libre debe tener presente si ama la libertad. La historia de Roma confirma de una manera elocuente la doctrina de los filósofos griegos. Los Romanos, nacidos para la guerra, confundían la idea de virtud con la de valor. Conquistaron el mundo; pero cuando ya no tuvieron más que conquistar, se destruyeron entre sí en horribles guerras civiles; después vino el despotismo del imperio, que les quitó la libertad aparente de que habían disfrutado durante la república. El imperio fué aclamado por la democracia: prueba de que ésta no conoció la verdadera libertad. También los poetas cantaron la paz que los emperadores daban al mundo, hasta entonces ensangrentado por continuas guerras. Desde el principio de los tiempos históricos, el Oriente y los Bárbaros, Grecia y Roma habían vivido en permanentes hostilidades; en ese período, la antigüedad empezó á conocer los beneficios de la paz. Concíbese, por tanto, que los poetas y los filósofos hayan celebrado un estado de cosas que parecía realizar la edad de oro. Los Padres de la Iglesia atribuían ese inmenso beneficio á Jesucristo, el príncipe de la paz; sin embargo, esa paz del imperio era falsa. Verdad es que se extendía á una gran parte de la tierra conocida de los antiguos, pero espiraba con los límites de la dominación romana. La guerra no cesó entre los Romanos y los Bárbaros; entre ellos no mediaba lazo alguno de derecho ni de humanidad. Ni siquiera puede decirse que el imperio asegurara la verdadera paz á los pueblos que le estaban sometidos, porque esta paz no era otra cosa que el des-

potismo de los Césares, que puso fin á las sangrientas convulsiones de la república. Los ciudadanos cesaron de hacerse entre sí la guerra; á esto se reduce la paz romana. Los pueblos vencidos no pasaban ya su vida en perpetuos combates; pero ¿á qué precio? Al precio de su independencia. Así para asegurar la paz se hollaban los derechos más sagrados del hombre y de las naciones; ni la paz estaba realmente asegurada, porque no hay paz posible donde el derecho no reina, y el derecho es incompatible con el poder absoluto de un César.

¡Véase, pues, cómo la primera monarquía universal, digna de llevar este nombre, realizó la paz! No obstante, bajo el punto de vista de la antigüedad, el espectáculo de la paz romana era admirable, y comprendemos que llenara de entusiasmo á los poetas y hasta á los Padres de la Iglesia. La paz imperfecta que reinaba en su inmenso imperio dió al emperador Probo, según se cuenta, la idea de una paz más general; y vencedor de los Bárbaros, contaba extenderla al mundo entero: primer proyecto de paz perpetua de que la historia haga mención. ¡Cosa singular! Fué concebido en visperas de la caída del imperio, y en un momento en que los terribles Bárbaros iban á abrir una nueva era de guerra. El ideal no abandona nunca á la humanidad, que confía siempre en un porvenir mejor. ¿Cómo suponer que sólo como cebo le haya dado Dios tan altas aspiraciones? No, hay el instinto del progreso, y éste no es una ilusión, sino un hecho. Hasta la utopía de paz perpetua es un hecho, en el sentido que los pueblos modernos están unidos por los lazos de la fraternidad, y que consideran la paz como el estado natural de sus relaciones, al paso que los antiguos la miraban como una excepción que sólo podía existir en virtud de los tratados en que se estipulaba. Equivalía esto á decir que la guerra era la ley del género humano. Hoy sucede todo lo contrario.

Antes de dejar la antigüedad, citaremos un curioso testimonio del progreso de las ideas. En el siglo XVIII, los filósofos declararon una guerra á muerte á la guerra y á los conquistadores. ¿Quién diría que en el seno del pueblo rey tuvieron un precursor? Séneca fué traducido y comentado, como un auxiliar, por Holbach y por Diderot; realmente era de los suyos: oyendo sus declamaciones contra el espíritu de conquista, se creería leer á Voltaire. La guerra es, á sus ojos, un verdadero

crimen: "Castiganse, exclama el filósofo romano, los crímenes que cometen los particulares; y ¿qué se dirá de las guerras y de los asesinatos que llamamos gloriosos porque destruyen á naciones enteras? También se cometen crímenes en virtud de senadoconsultos." La antigüedad celebraba á los conquistadores como si fueran semi-dioses. Séneca se indigna contra esta idolatría, y anatematiza lo que el vulgo adora: "El afán de conquista es una locura, y los conquistadores son azote no ménos funesto á la humanidad que los diluvios y los temblores de tierra." El filósofo no exceptuaba ni á Alejandro, el más grande de todos: "Bandido desde la infancia, destructor de naciones, estimaba como soberano bien ser el terror de los hombres..."

No continuaremos esta acta de acusación, porque es injusta; pero tampoco condenaremos el sentimiento que inspira al filósofo romano, y que es el grito de la humanidad protestando contra la fuerza. Ya Platón había reprobado la guerra, y Aristóteles siguió á su maestro. En los tiempos en que escribieron pasarían seguramente por soñadores; pero después se ha visto que eran profetas. Un sentimiento particular se ha convertido en una convicción general: testimonio elocuente del progreso que rige al mundo.

N.º 2.—El cristianismo y los Bárbaros.

I.

En la antigüedad, la guerra es permanente; los imperios se elevan y caen con espantosa rapidez. La lucha no cesa un instante, sino después que las naciones son desgarradas y reunidas bajo las leyes de la Ciudad Eterna. Parece que la pasión de la guerra no puede ser más violenta; sin embargo, en presencia de los Bárbaros, los Romanos quedaron sorprendidos de su ardor guerrero; y cuenta que no hablamos de los hombres del Norte, entre quienes esa pasión llegaba al furor; nos atenemos á la descripción que Tácito hace de los Germanos. En Roma se revestía al joven de la toga cuando llegaba á la edad viril: símbolo del genio romano, más bien político que guerrero. El joven Germano recibe en plena asamblea la framea y el escudo; hé aquí su toga viril, y no es considerado como hombre, entre las tribus más bravas de la

Germania, hasta que no da muerte á un enemigo. Los Germanos no abandonan nunca las armas; las llevan tanto á los festines como á las asambleas de la nación; sus juegos mismos son danzas guerreras. El valor es su virtud por excelencia, casi su único deber; la cobardía un crimen público, mientras que el asesinato no pasa de un delito privado: á los cobardes se les ahoga en el fango de un cenagal; el asesino paga una cantidad por vía de composición.

Los Bárbaros, al instalarse en el imperio, establecen un régimen en armonía con su genio. El feudalismo es esencialmente militar; la fuerza individual reina en él y penetra hasta donde parece que debiera por su naturaleza estar excluido: la justicia es una guerra; hasta los placeres son luchas sangrientas. El espíritu guerrero anima al feudalismo: la guerra es su única ocupación, casi puede decirse su función social. La guerra, bajo el régimen feudal, fué universal, incesante. Verdad es que en Roma, el templo de Jano raramente se vió cerrado, pero el pueblo rey luchaba por el imperio del mundo; era la época de las grandes guerras, y una batalla decidía de la suerte de un imperio. En la Edad Media, la guerra, como todas las manifestaciones del genio germánico, se localizó, se individualizó; así no había un solo rincón en la Europa que no fuera teatro de hostilidades. Cada baron tenía el derecho de guerrear, y usaba de él á la manera que hoy el individuo emplea sus facultades en el trabajo.

Esta recrudescencia del espíritu militar, ¿no es un mentís dado á la ley del progreso? La fuerza dominando donde habían tenido asiento los pretores, ¿no es un signo de la barbarie que invadió á la Europa feudal? Las apariencias engañan. Bajo el reino aparente de la fuerza se desenvuelve el derecho. La idea de un derecho de gentes fué desconocida de la antigüedad: prueba de que la fuerza reinaba en ella como soberana, en tanto que en la Edad Media, si la justicia era una especie de guerra, también la guerra era una especie de justicia. El derecho penetraba en el dominio de la fuerza. En este sentido, el feudalismo guerrero está más próximo á una era pacífica que el imperio, á pesar de su paz cantada por los poetas. La guerra se transforma en un medio de obtener justicia; como tal es legítima, y no desaparecerá, porque la fuerza debe siempre apoyar al derecho y

asegurar su triunfo. ¿Cómo ha podido brotar la idea del derecho en una época en que todo parece entregado al derecho del más fuerte? Ya hemos contestado á la pregunta. Precisamente porque las relaciones sociales se convirtieron en relaciones privadas, se introdujo el derecho donde solamente reinaba la fuerza en la antigüedad. Puede decirse con certeza que los Germanos prepararon la era de la paz, porque la única paz á que la humanidad puede aspirar es el reino del derecho.

II.

No negaremos los abusos del feudalismo. El individuo era omnipotente, pero bárbaro, y de aquí inevitables excesos. No obstante, la Providencia había velado porque la barbarie encontrara un poder educador. Cuando se aprecia la época en que la raza germánica domina, no se debe hacer abstracción del cristianismo y de la Iglesia, porque sus destinos están estrechamente ligados. En vista de las escenas de violencia que llenan la Edad Media, casi estaría uno tentado á negar el progreso, por más que el espíritu de individualidad que los Germanos trajeron al mundo sea el principio de todos los progresos que el género humano ha realizado. Pero junto al feudalismo guerrero y violento existía la Iglesia pacífica y caritativa que educó á los rudos conquistadores. Al realizarse este trabajo secular, se manifiesta el progreso con tal evidencia que es imposible negarle; lo que prueba que existía en germen en las razas bárbaras, porque la educación no da facultades, no hace más que desarrollar las que Dios ha concedido á cada rama de la humana familia. Veamos la parte que tuvo la Iglesia en el movimiento incesante que empuja á la humanidad hácia el término de su destino.

Los hombres han nacido para devorarse como fieras, ó Dios les ha puesto en la tierra para que se desarrollen y lleguen á ser perfectos como su Padre? Jesucristo, cuyas palabras acabamos de repetir, responde á la pregunta. Los profetas le llaman el *Príncipe de la paz*, por más que Jesús no hablara de paz: abandona la tierra á César; mas la perfección que predica es incompatible con las pasiones violentas que agitan á los guerreros y á los conquistadores. El espíritu de la Iglesia ha sido siempre pacífico, hasta en la Edad Media, cuando

la sociedad laica era presa de la violencia y cuando los barones feudales cifraban el ideal de la vida en luchas sangrientas. Pongámonos en parangón los cantos de los poetas y la doctrina de la Iglesia: la oposición de sentimientos nos dirá por qué Dios envió á Jesucristo en vísperas de la invasión de los Bárbaros.

Los barones amaban y cantaban la guerra, ménos por gloria y ambición que por sus peripecias, por la exaltación que producía y hasta por los males que acarrearía. Creeríase, al leer los cantos de Bertrand de Born, que es un poeta escandinavo cantando el furor de los combates: "Bien pronto veremos, exclama, los campos sembrados de yelmos y de escudos, de espadas y de arzones, y de bustos hendidos hasta la cintura. Veremos vagar á la ventura corceles (sin jinetes) con lanzas pendientes de los ijares y del pecho; oiremos reír y llorar; gritos de angustia y de alegría..." La poesía moderna canta la primavera y las armonías de la naturaleza; ¿qué sentimientos despierta en los poetas de la Edad Media esta poética estación? "La primavera, dice un baron trovador, no existe para mí sino cuando viene acompañada con los clamores de guerra, la turbación y el espanto..."

Tales son los sentimientos de la sociedad laica, al ménos los de la clase dominante. Bertrand de Born se complacía en excitar á la guerra á los reyes Felipe Augusto y Ricardo Corazón de Leon. Un papa contemporáneo suyo, descendiente de una familia ilustre, Inocencio III, nos revelará los sentimientos de la Iglesia sobre la guerra y sobre la paz: "En el momento en que Jesucristo va á cumplir el misterio de la Redención, escribía al rey de Francia, da por herencia á sus discípulos la paz, y quiere que la observen entre sí y la hagan observar por los demas. Lo que dijo al morir lo confirmó después de su resurrección: *La paz sea con vosotros*: tales son las primeras palabras que dirige á los apóstoles. La paz es la expresión de la caridad que es la plenitud de la Ley. ¿Hay nada más contrario á la caridad que las disensiones de los hombres? Hijas del odio, destruyan todo lazo de afección; quien no ama á su prójimo, ¿amará á Dios? Atraer á los hombres á la caridad y á la paz es el primer deber de quien, aunque indigno, representa á Jesucristo en la tierra."

Algo más que la paz respiraban estos sentimientos de caridad cristiana; algo había en ellos

del espíritu de dominación que parece inherente á Roma, cristiana ó pagana. Felipe Augusto respondió á Inocencio III que no correspondía al soberano pontífice mezclarse en las diferencias que dividían á los príncipes. Los barones franceses rechazaron con igual energía la intervención del papa. Inocencio, en su respuesta al rey de Francia, insistió sobre la cuestión de paz y de guerra, bajo el punto de vista de la doctrina católica. La paz, dice, es un deber para los cristianos: "Encender la discordia, combatir contra los fieles, destruir las casas religiosas, violar las vírgenes consagradas á Dios, despreciar á los pobres y empobrecer á los ricos, profanar las iglesias y verter la sangre humana, ¿no son actos para merecer la muerte eterna?," Así la guerra es considerada como una de las faces del mal. Puesto que el papa es el depositario de la Ley divina, y que debe velar por la salvación de los fieles, tiene la obligación de impedir las guerras, fuente de pecados sin número.

La antinomia entre la Iglesia y el feudalismo parece absoluta: lo que los barones estiman como el ideal de la vida es á los ojos de la Iglesia una de las faces del mal. Hay que agradecer al catolicismo su predicación pacífica, que venía á servir de contrapeso necesario á las pasiones violentas que agitaban á la sociedad feudal. Estos sentimientos acabaron por penetrar en las almas. Tenemos una obra sobre *los derechos de los que rigen las ciudades*, cuyo autor es un clérigo contemporáneo de Inocencio: admite la legitimidad de la guerra cuando tiene por objeto rechazar la injuria; pero Dios castiga á los que la hacen por ambición ó por amor á los combates. "La guerra es la fuente de mil males; la paz, principio de todo bien, liga á los hombres por el lazo de la caridad; á su sombra brotan no solamente la abundancia y la riqueza, sino además todas las virtudes." La Iglesia practicó los sentimientos que predicaba; durante toda la Edad Media, no cesó de hacer esfuerzos para establecer la paz; los raros momentos de reposo que disfrutaron las poblaciones oprimidas los debieron á la tregua de Dios, instituida por los concilios para moderar y disminuir las violencias feudales.

Con todo, no hay que exagerar la influencia de la Iglesia, que ha elevado á ideal la reacción ultramontana; á lo que propalaba, el papado ha tenido por misión mantener la paz en la cristiandad, decidiendo si las hostilidades que dividían á los pue-

blos cristianos eran justas ó injustas; cuando el papa declaraba que la guerra era justa, se consideraba por este solo hecho legítima, al paso que, si la declaraba injusta, los príncipes cristianos estaban obligados á obedecerle. Los hechos no corresponden á la teoría. Hemos visto las enérgicas protestas de Felipe Augusto y de sus barones contra las pretensiones de los soberanos pontífices. Los reyes tampoco las atendieron, no reconociendo á los papas el derecho de intervenir en sus contiendas, lo que hubiera sido la abdicación de su soberanía. En realidad, la época en que se pretende que el papado mantenía el reino de la paz fué una época de guerra universal y cotidiana: la guerra constituía la vida habitual del feudalismo.

Otros defectos más importantes tiene la paz católica; el que acabamos de relatar manifiesta la impotencia del papado. Hay vicios más profundos y más irremediables, porque son de esencia de la paz, tal cual la concibe el catolicismo; esto es, una paz entre cristianos, que tiene por fundamento la fe y por principio la caridad; pero la primera es un elemento de división, de odio y de guerra; la segunda divide también á los creyentes y á los no creyentes hasta el punto de legitimar las guerras más odiosas. Dentro de este orden de ideas, los infieles son enemigos contra los cuales la guerra, no solamente es un derecho, sino también un deber: de suerte que la paz católica establece como un deber la guerra contra los infieles. Para que reine la paz en el mundo cristiano sería preciso que una misma religión uniese á todos los pueblos de la tierra; mas la religión universal, tal como el catolicismo la concibe, es radicalmente imposible, porque aniquila toda vida individual y todo derecho de la conciencia, de donde resulta que la paz no puede reinar ni aun en el seno de la cristiandad. Toda disidencia se trueca en una causa de guerra, y de guerra á muerte: la fe no admite transacción.

Prueba esto que la paz no puede establecerse sobre la fe; los hechos abundan en corroboración. En la Edad Media, el cristianismo se mantenía en estado de hostilidad contra todos los que se apartaban de la fe revelada ó que la ignoraban. Los cristianos y los judíos, aunque procedentes de la misma tradición, eran enemigos irreconciliables, porque los judíos habían dado muerte al Dios de los cristianos. Sabido es el odio con que los fieles

perseguían á la raza de Israel por el más inexplicable, si no el más imposible, de los crímenes: expoliación, tortura, mutilación, muerte violenta, tal es la suerte de todo un pueblo en el seno de la paz cristiana. Los cristianos no se detestan menos entre sí por la menor disidencia sobre un punto de fe. ¿Habríamos de recordar las cruzadas contra los herejes, y la guerra aún más cruel y más odiosa que la Iglesia les hizo en los tribunales de la Inquisición? En cuanto á los infieles propiamente dichos, esto es, á todos los que están fuera de la unidad cristiana, la Iglesia los persigue igualmente á hierro y fuego: durante dos siglos, la cristiandad entera se arroja sobre los Sarracenos para exterminarlos ó para convertirlos. Hay que añadir á esas causas de guerra la ambición de la Iglesia, que se funda también sobre la fe. Mientras que los cristianos derraman á torrentes la sangre en Asia por conquistar el sepulcro de su Dios, la Europa se ve ensangrentada por la larga lucha del imperio contra los que se titulan vicarios de Cristo.

Parece que la caridad debe inspirar la fe; mas, por el contrario, la fe vicia á la caridad. Recordemos los hechos, puesto que se niegan; el cristianismo aborrece la sangre, y, sin embargo, se hace una *religion armada*, según la divisa de los templarios. Nada más sanguinario que su religión; juran defender los misterios de la fe por la fuerza de las armas, y consagran sus manos á derramar la sangre de los infieles, según las palabras de un papa. Esta guerra no terminará hasta que los enemigos de Dios sean exterminados. En la Regla de los templarios se lee: "Se dice que el león va buscando presa que devorar; de la misma manera los caballeros del Temple deben siempre y por todas partes perseguir á los infieles y exterminarlos sobre la superficie de la tierra." San Bernardo, varón de caridad, proclama las órdenes militares como la más admirable institución. Dar la muerte no es para los caballeros de un Cristo un pecado; sino una acción gloriosa, y se los considera como ministros de Dios para ejecutar sus venganzas: "El Hijo de Dios se complace en recibir la sangre de sus enemigos, y es glorificado con su muerte."

La paz es el derecho; ¿qué sería el derecho en la paz católica? La Iglesia aplaudió la conversión sangrienta de los Sajones; prestó su apoyo á las guerras en que la fe ó su dominación estaban interesadas; en el siglo XII, los Anglo-Normandos,

raza invasora, se establecieron en Irlanda, sin otro derecho que el del más fuerte; Enrique II se dirigió á la santa sede para dar á la violencia el aparato de la justicia, y los papas colmaron de elogios la empresa del rey inglés: "Dios, dicen, le tendrá cuenta de sus esfuerzos en favor de la propagación del cristianismo." ¿Acaso los Irlandeses eran paganos? No, pero mostraban un espíritu de independencia incompatible con la dominación romana, y no se trataba de convertirlos, sino de hacerlos entrar en la unidad católica; esto bastó para que los concilios confirmaran el derecho del rey de Inglaterra sobre la Irlanda, ordenando al clero y al pueblo la fidelidad al vencedor, so pena de anatema. El papado inauguró la más espantosa tiranía que ha pesado sobre una nación.

¿Preguntaremos todavía lo que es el derecho en la paz cristiana? El derecho entre individuos supone que su personalidad está reconocida; de la misma manera el derecho entre las naciones implica su libertad y su independencia: si en nombre de la fe ó de la Iglesia se puede sujetar á los pueblos, no existe ya derecho. En el siglo XI, los guerreros se juntan con los misioneros para convertir á los Prusianos; los infieles opusieron una resistencia tenaz y heroica. En el siglo XIII, la lucha fué encarnizada. Inocencio, uno de los grandes papas de la Edad Media, ocupaba el trono pontifical. ¿Defenderá el derecho contra la violencia? "Las poblaciones paganas, dice, están sumidas en la servidumbre de la corrupción, y es preciso procurarles la libertad de los hijos de Dios." Este lenguaje místico dió por resultado la servidumbre de algunas poblaciones independientes. El derecho que el orden teutónico se abrogaba sobre los Eslavos emanaba de un acta del papa y del emperador, por la que otorgaban ambos lo que no les pertenecía. En el siglo XIII, Urbano IV hizo donación al rey de Bohemia de todas las tierras de infieles cuyos habitantes fueran por su ministerio convertidos al cristianismo. ¿Qué significa este derecho, sino el derecho de la fuerza?

La famosa bula de Alejandro VI dividió el nuevo mundo entre los Españoles y los Portugueses. Detengámonos aquí un instante, aunque no sea más que para restablecer los hechos, alterados por los ultramontanos. La historia, en manos de los escritores ortodoxos, corre el peligro de falsearse por sistema, siendo el objeto de los falsa-